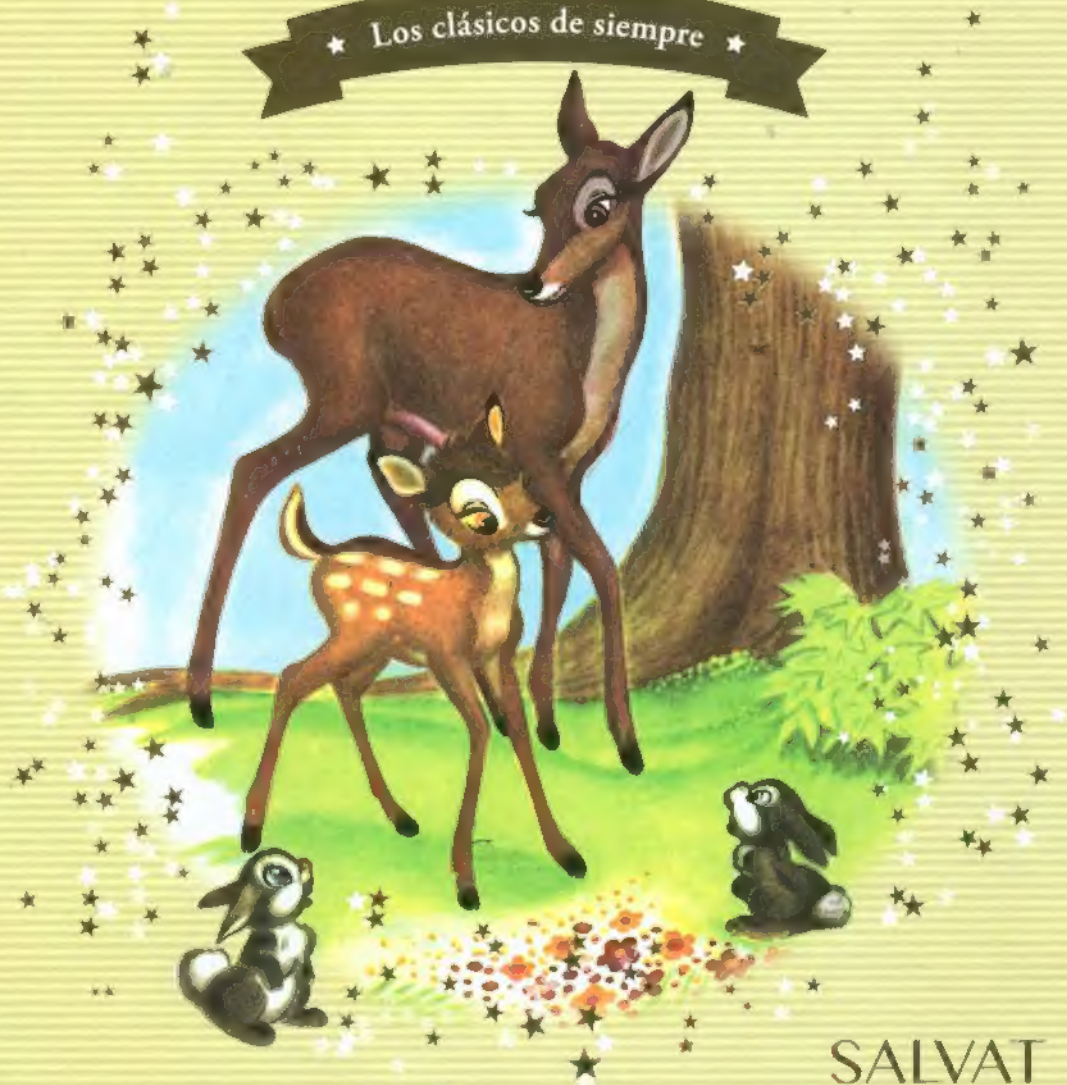


Disney
Cuentos de Oro

Bambi

★ Los clásicos de siempre ★



SALVAT



Cuentos de Oro

EDICIÓN, DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN:

© 2017, Editorial Salvat, S.L.
C/ Amigó, 11, 5.ª planta. 08021 Barcelona.

DIRECCIÓN GENERAL:

Mauricio Altarriba

DIRECCIÓN DIVISIÓN FASCÍCULOS:

Isaac Serrano

DIRECCIÓN EDITORIAL:

Oriol Molas

EDICIÓN:

Andrea Borrell

PRODUCT MANAGER:

Mónica Machado

ILUSTRACIONES: Ben Butcher

TEXTOS: Malgorzata Strzalkowska

REALIZACIÓN EDITORIAL:

Dosbé Publishers, S.L.

COLABORADORES DE LA REALIZACIÓN EDITORIAL:

Adriana Sayol, Tatiana Stilianova, Zulma Sierra,
Santiago Celaya

© 2017 Editorial Salvat, S.L.

© 2016 Hachette

Copyright © 2017 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados.

ISBN(colección): 978-84-471-3186-0

ISBN (volumen 4): 978-84-471-3190-7

Depósito legal: B 26389-2016

Impreso en España

DISTRIBUCIÓN EN ARGENTINA

Distribuidor en Cap y GBA: Distribuidora Rubbo

Río Limay 1600. C.A.B.A.

Tel.: 4303 6283 / 6285

INTERIOR:

Distribuidora General de Publicaciones S.A.

Alvarado 2118 C.A.B.A.

Teléfono: (11) 4301-9970

E-mail: dgp@dgpsa.com.ar

IMPORTADOR:

Brihet e Hijos S.A.

Agustín Magaldi 1448 C.A.B.A.

Teléfono: (11) 4301-3601

Horario de atención: de 9 a 17:30 h

E-mail: ventas@brihet.com.ar

Web: www.brihet.com.ar

DISTRIBUCIÓN EN MÉXICO

Distribuidora Intermex S.A. de C.V.

Lucio Blanco n.º 435

Col. San Juan Tilihuaca

Azcapotzalco

CP 02400 Ciudad de México

Tel.: 52 30 95 00

DISTRIBUCIÓN EN PERÚ

Distribuidora Bolivariana S.A.

Av. República de Panamá # 3635. San Isidro.

Lima.

Tel.: 4412948

DIGITALIZADO POR

QS® Colecciones

NOTA DE LOS EDITORES

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. Está prohibida cualquier forma de comercialización individual y separada de la obra editorial fuera de los canales habituales de los editores que figuran en los créditos de los fascículos. Algunos componentes de la colección podrían ser modificados si circunstancias técnicas así lo exigieran. La norma del editor es utilizar papeles fabricados con fibras naturales, renovables y reciclables a partir de maderas procedentes de bosques que se acogen a un sistema de explotación sostenible. El editor espera de sus proveedores de papel que gestionen correctamente sus demandas con el certificado medioambiental reconocido.

Disney
Cuentos de Oro

Bambi

Adaptación de Małgorzata Strzałkowska





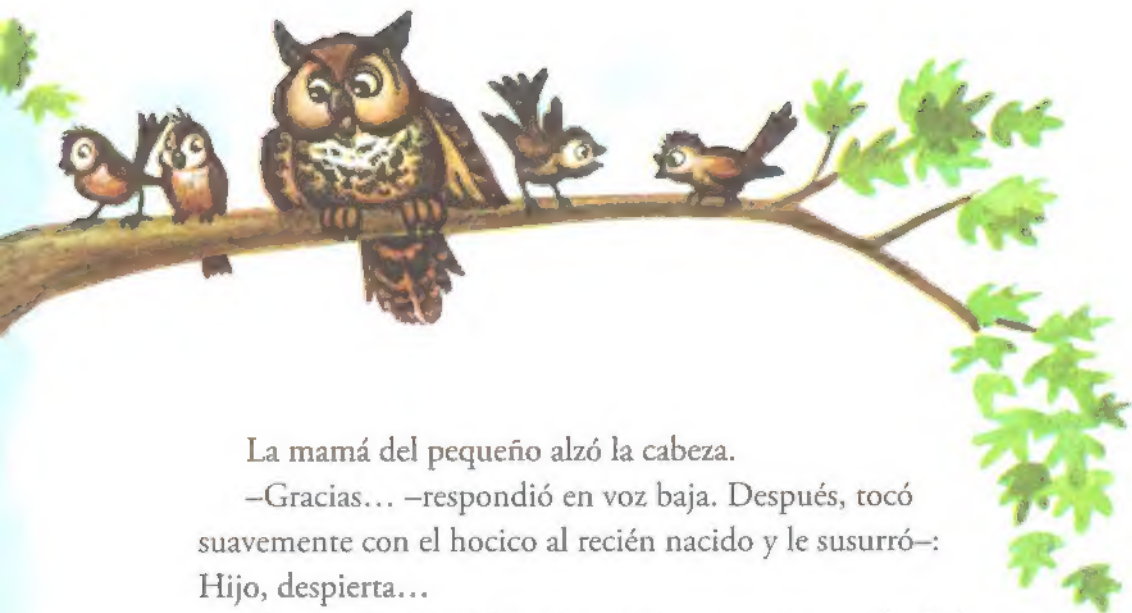
Bambi nació en un lindo lugar: un pequeño y seguro rincón escondido en la espesura del bosque.

La urraca, tan pronto como lo vio, empezó a chillar con su voz aguda:

—¡Qué suceso tan extraordinario! ¡Un joven príncipe acaba de llegar al mundo! ¡Démosle la bienvenida y honrémoslo!







La mamá del pequeño alzó la cabeza.

—Gracias... —respondió en voz baja. Después, tocó suavemente con el hocico al recién nacido y le susurró—: Hijo, despierta...

El cervatillo abrió los ojos, miró temeroso a su alrededor y se acurrucó contra su mamá todo lo que pudo, para sentir el calor de su cuerpo. La madre lo lamió para tranquilizarlo y volvió a acariciarlo con el hocico. El pequeño intentó levantarse y con mucho esfuerzo se paró sobre sus finas patas traseras. Las delanteras se tambaleaban y doblaban, pero al final sus esfuerzos valieron la pena y logró mantenerse de pie junto a su mamá.

—¿Cómo se llamará el joven príncipe? —preguntó el conejito.

—Bambi —respondió la madre.



—Bambi... —repitió pensativo el conejito—. Bonito nombre —dijo por fin—. ¡Pues yo me llamo Tambor! —anunció, y empezó a correr dando saltos hacia la espesura, junto a su madre y sus hermanas.

Los animales y los pájaros salieron del claro. Ahora reinaba la tranquilidad. Cansado de tantas impresiones nuevas, Bambi se acostó al lado de su madre, mientras ella le lamía suavemente el rojizo pelaje.





En verano, el bosque estaba precioso. Las espesas copas de los árboles se recortaban majestuosamente contra el cielo azul, y entre la hierba fresca se veían estrellitas de flores de todos los colores del arco iris.

A Bambi le encantaba pasear con su mamá por los senderos del bosque, acariciado con delicadeza por las hojitas y ramitas del espeso follaje. A veces se tropezaba con la raíz de algún árbol o se enredaba en la maleza, pero su abnegada madre acudía en seguida a ayudarlo.



El bosque estaba repleto de interesantes animalitos dispuestos a hacerse amigos del recién nacido.

—¡Bienvenido, príncipe Bambi! —lo saludaban alegres las zarigüeyas, que colgaban cabeza abajo, agarrándose a las ramas con sus fuertes y largas colas.





Cuando Bambi y su madre regresaban a su pequeño rincón del bosque, allí estaba la numerosa familia de conejos.

—¡Ven, Bambi! ¡Vamos a jugar! —lo invitó Tambor.

Bambi no se hizo rogar. De repente se fijó en un grupo de pajaritos y se paró a mirarlos con atención.

—Esos son pájaros —proclamó Tambor con suficiencia.





—Pájaros —pronunció Bambi,
esa fue su primera palabra.

Le gustó tanto que, al
ver una mariposa
revoloteando,
empezó a gritar—:
¡Pájaro, pájaro!

—No, Bambi.

Eso no es un pájaro.
Es una mariposa —le
explicó Tambor pacientemente.

De pronto, Bambi se dirigió hacia
un puñado de flores amarillas.

—¡Mariposa! —exclamó exultante.

No, Bambi. Eso no es una mariposa. Es una flor —le
explicó de nuevo Tambor.

Entonces, de una madriguera cubierta de flores apareció
un hocico negro con dos ojos brillantes.

—¡Flor! ¡Flor! —gritó encantado Bambi.

—¡No, eso no es una flor! ¡Es una mofeta! —se rio Tambor.

—¡Flor! —insistió el cervatillo.

—¿El joven príncipe me ha llamado flor? ¡Pues no me
molesta, la verdad! —dijo la mofeta con buen humor.

¡Bambi había hecho otro amigo!



Un día, la madre de Bambi lo llevó a una pradera.
El cervatillo nunca había estado allí y lo observaba todo con curiosidad. A la entrada de la pradera su madre le dijo:

—Espérame aquí. Quiero asegurarme de que no corramos ningún peligro. Debes saber que el prado no siempre es un lugar seguro.

Miró con cuidado alrededor, escudriñándolo todo, y aguzó el oído...

—¡Ven! Todo está bien —le dijo.

Y Bambi correteó por el campo. Se sentía como si le hubieran crecido alas.

—¡Alcánzame, corre! —incitó a su madre.

¡La alegre carrera entre la hierba fresca parecía como si no fuera a acabar nunca! Al final Bambi se detuvo para tomar aire y entonces... se topó con otro ser que era su vivo reflejo.

—¡Buenos días! —dijo «ese otro».



Asustado, Bambi hizo como si no lo hubiera visto y fingió estar enfrascado en una conversación con su amiga la mofeta.

¡No seas tímido, Bambi! Esta es Faline, la hija de tía Ena —lo animó con una sonrisa su madre.

Y sin pensarlo más, Bambi y Faline empezaron a jugar y a brincar despreocupados, como si se conocieran de siempre.







Entonces se oyó nítidamente un ruido de cascos y del bosque salieron unos ciervos. Uno de ellos destacaba por su porte, fuerza y grandeza. Era nada menos que el valiente y sabio Gran Príncipe del Bosque.

El ciervo alzó su imponente cabeza y pronunció una sola palabra:

—¡HOMBRE!

Al oír esa terrible palabra, todo el mundo corrió despavorido hacia la espesura del bosque. Pronto Bambi y su madre se encontraron lejos, pero al cabo de un rato se oyó un terrible alboroto de truenos, explosiones y estallidos...



Volvió la paz y Bambi se sintió fuera de peligro.

Ese era el HOMBRE –explicó la cierva a Bambi, que no se despegaba de ella ni un instante—. El HOMBRE hace daño al bosque. Lleva siempre un palo largo y estruendoso que escupe fuego y trae la muerte. Cuando seas un poco mayor lo comprenderás...

Un día, el pequeño se despertó aterido de frío. Estaba temblando y su sensible hocico percibía que algo en el entorno había cambiado. Se asomó entre los arbustos y vio algo asombroso: todo se había vuelto blanco...



—Esto es nieve, hijo. Es tan blanda y delicada... ¡Ven a tocarla!

Bambi pisó la nieve con cuidado y notó cómo sus pezuñas se hundían en aquella especie de espuma blandita. El aire era limpio y claro, y los rayos del sol brillaban sobre la nieve como si fueran diamantes. ¡Bambi estaba impresionado!





Avanzó concentrado, paso a paso, levantando mucho las patas. De repente, una ligera brisa meció las ramas de los árboles y, ¡plop!, una bola de nieve le cayó justo encima de la cabeza. Bambi dio un salto, se sacudió la nieve y se lamió. ¡Y con enorme sorpresa descubrió que la fría y limpia nieve tenía un sabor buenísimo!



Tambor estaba jugando en la congelada superficie del pequeño estanque. Bambi lo vio y saltó sobre el hielo. Aunque lo hizo con cautela, sus patas resbalaron y se desplomó por lo largo que era. Mientras Tambor reía a carcajadas, Bambi intentó levantarse pero se tambaleó y aterrizó de cabeza justo en el montón más grande de nieve.

Cuando por fin logró salir de allí, oyó un fuerte ronquido. Los dos amigos se acercaron al orificio del que provenía aquel ruido y vieron a la mofeta profundamente dormida sobre su lecho de paja.

—¡Flor, despierta! —la llamó Bambi.

—¿Ya llegó la primavera? ¿Tan rápido? —se asombró la mofeta somnolienta.

—¡No! ¡Apenas está empezando el invierno! —le respondió Bambi.

Pues resulta que me disponía a hibernar —dijo la mofeta, y con una sonrisa añadió—: ¿acaso las flores no duermen siempre en invierno?

El invierno es una estación complicada para los animales del bosque... No es fácil encontrar alimentos, y a veces Bambi y su madre tenían que conformarse con un poco de corteza de árbol. Pero justo en los días más duros, algo empezó a cambiar: el sol brillaba con más frecuencia y con más fuerza, y el viento era un poco más cálido.

Un día, la madre tuvo la suerte de desenterrar unos cuantos tallos de hierba fresquitos. Los estaban masticando con mucho gusto cuando de repente les llegó aquel olor..., ¡el olor del HOMBRE! El viento enseguida trajo consigo un estruendo ensordecedor, al que siguieron muchos más.

—¡Rápido, Bambi! ¡Huye! ¡Corre, no te detengas! ¡Todo saldrá bien! —gritó la mamá.

Bambi salió corriendo a toda velocidad. Corrió, y corrió, y corrió... Al principio oía a su lado los pasos de su madre, pero cuando resonó el último disparo se dio cuenta de que se encontraba solo. ¡Aun así, continuó corriendo, mas y más! Y cuando por fin se detuvo, entendió que su mamá no estaba.

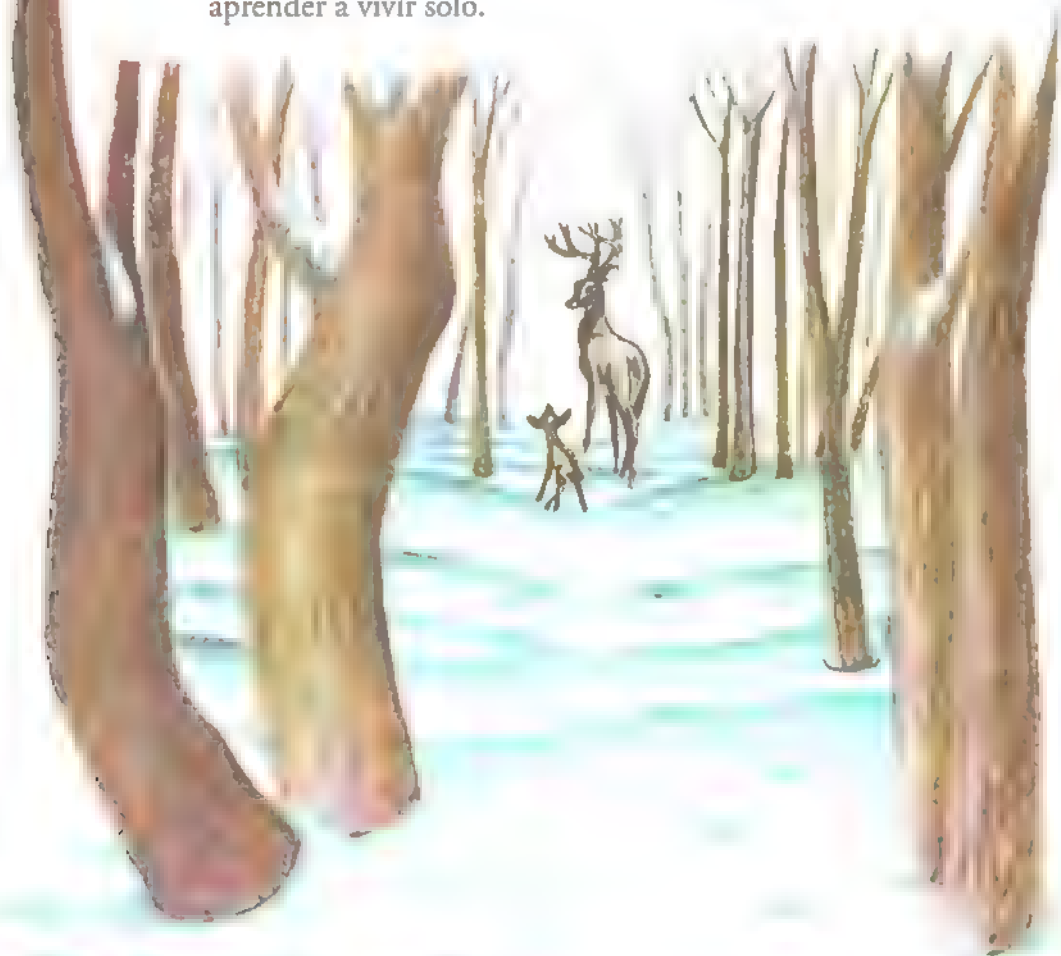
Olfateó el aire y aguzó el oído para dar con ella, pero fue en vano.



Bambi comenzó a deambular por el bosque. Lloraba y llamaba a su madre entre lágrimas. La única respuesta era un silencio aterrador.

Después de un tiempo apareció el Gran Príncipe del Bosque, que le dijo:

—Tu madre ya no puede estar contigo. Tienes que aprender a vivir solo.





Llegó la primavera y Bambi disfrutaba junto a sus amigos del claro y luminoso verdor de las hojas tiernas.

Un día, mientras jugaba en el bosque, oyó:

—¡Buenos días, Bambi! ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy yo, Faline!

Bambi la miró con cautela. ¡Faline estaba más bonita que antes!

Mientras la miraba, Bambi sintió algo extraño... Y cuando ella se le acercó correteando y le lamó el pelaje, él saltó como un gato quemado y salió huyendo.

Pero al cabo de un rato paró, sin dejar de observar a Faline, que se perdía ya entre los arbustos. Luego, la siguió sigilosamente...

Entonces, como salido de la tierra, delante de él apareció Ronno.

¡Hola! ¡Faline se viene conmigo! exclamó Ronno agitando su imponente cornamenta; luego, pinchó a Faline con la punta de un cuerno y la empujó hacia el sendero.

Por un instante Bambi se quedó inmóvil, pero unos segundos después se abalanzó sobre Ronno y ¡PUM! El choque de los cuernos se oía en todo el bosque..., hasta que las fuerzas abandonaron a Ronno, que cayó en el suelo con el hombro desgarrado.

El vencido Ronno se retiró colina abajo, y Bambi y Faline se marcharon juntos. Después se abrazaron bajo la resplandeciente luna, arrullados por los dulces susurros del viento...



Una mañana de otoño, Bambi olfateó el terrible y conocido olor del HOMBRE.

—Tienes razón, Bambi —le dijo con tristeza el Gran Príncipe del Bosque—. El HOMBRE, con sus carpas y sus fuegos, ha llegado hasta aquí. Debemos irnos lejos, hacia las colinas.

Las voces del HOMBRE y los acechantes ladridos de los perros estaban ya cerca, muy cerca...

—¡Huye, Faline! —gritó Bambi, y se lanzó sobre las aullantes bestias.

Se oyó un estallido ensordecedor y Bambi sintió un golpe y después un dolor agudo y punzante.

—¡El bosque está en llamas por culpa del fuego del HOMBRE! ¡Tenemos que huir hacia el río! ¡Rápido! —exclamó el Gran Príncipe del Bosque.

Corrieron con todas sus fuerzas por el bosque envuelto en llamas abrasadoras y por fin divisaron el río y de un salto se arrojaron a sus corrientes enfurecidas. Casi sin aliento, alcanzaron la otra orilla.

Faline se acercó a su amigo y con mucha ternura le lamió la herida. Y ambos se quedaron allí, envueltos por la asfixiante humareda, viendo cómo las lenguas de fuego devoraban despiadadamente su hogar en el bosque...



Cuando de nuevo llegó la primavera, las hojas, la hierba y las flores cubrieron las cicatrices del incendio. Y una vez más el pequeño claro escondido en la espesura del bosque se llenó de vida...

—¡Qué suceso tan extraordinario! —chilló la urraca—.
¡Démosles la bienvenida y honrémoslos!

Los habitantes del bosque acudían para ver a Faline y a sus dos cervatillos manchados. Cerca de ellos se encontraba Bambi, su orgulloso padre, el nuevo Gran Príncipe del Bosque.





Disney
Cuentos de Oro

SALVAT